

# HISTORIA DE UN LÁPIZ

Mauro, un niño de 5 años, recibió un día un regalo muy especial. Era un lápiz muy grande con dos puntas bien afiladas a cada lado. Una era de color blanco, la otra de color negro.

A Mauro le encantaba dibujar, así que se puso manos a la obra y sobre un folio blanco representó divertidas caricaturas de monstruos, piratas, dragones, papis y hermanos. Estuvo una buena y larga hora dibujando, a la vez que afilaba una y otra vez la punta de color negro que poco a poco disminuía de tamaño. Finalmente, aburrido, fue a enseñar el dibujo a sus padres. Antes de salir de la habitación se volvió y lanzó el lápiz hacia la mesa. La punta de color negro se partió quedando el lápiz en un delicado equilibrio justo al borde de la mesa. El lápiz se empezó a mover y de su interior salió una voz gruñona que decía:

—Vamos Punta Blanca, ayúdame a empujar hacia adentro o caeremos al suelo y terminaremos por rompernos.

—Punta Negra, no tengo dónde apoyarme. Solo puedo darte ánimos. Hop, hop, ale, ale, vamos, que tú puedes, ya, ya... Iiiiiia. ¡Llegamos! ¡Bravo!

Punta Negra respiraba atropelladamente. Punta Blanca no paraba de jalearlo con “vivas” y “bravos” y “hurras” y “campeón” y “fortachón” y..

—¡Basta, basta ya! —gritó Punta Negra—. Déjame en paz.

—No te pongas así, solo quería ser amable contigo. Si vamos a tener que vivir juntos mucho tiempo, mejor con buen ánimo, que no tristes y aburridos.

—¡Bah! ¿Qué sabrás tu de la vida? ¿No te has dado cuenta que no somos iguales?

—Sí, claro, tú eres negro y yo soy blanco, ¿y qué?

—No, no me refiero a eso. Ya sé que somos diferentes. Me estoy refiriendo a tu vida y a la mía. Estamos en el planeta de la LUZ, donde casi todo lo importante ocurre de día, donde la gente tiene ojos para ver, para comunicarse, para escribir. ¿Y dónde escriben? Sobre un papel en blanco. ¿Y qué necesitan para escribir? Un lápiz, un lápiz de color NEGRO —dijo Punta Negra desesperada.

—¿Y? —dijo Punta Blanca con cara de aburrída.

—¿Cómo que y? No te das cuenta. El niño me ha afilado hasta 7 veces y ha roto la punta dos veces más. Estoy disminuyendo a pasos forzados. No voy a durar ni una

semana. Y encima el dichoso niño es de los que les gusta hacer garabatos emborronando ese maldito papel blanco que ojalá nunca hubiera existido.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Tienes algo contra el color blanco? Yo no me he metido contigo.

—¿Cuántas veces te han sacado punta, listilla?

—Ninguna, pero me ha usado un par de veces y no veas que cosquillas, ji, ji.

—Sí, sí, tú riéte. De aquí a un mes estarás abandonada en un rincón tocándote las narices y viviendo la buena vida, y yo, ... ¡madre mía!, ¿dónde estaré yo? Yo ya no seré yo. Yo —dijo Punta Negra cerrando los ojos y exagerando como si fuera una obra trágica de teatro—. Yo seré un: ¡NO-YO!

—¿Un no-yo?

—Si un no-yo —dijo Punta Negra resignada—. Que no existiré atontada.

—Vaale, vale. Sin embargo, yo pienso que eres afortunada.

—¡Ja! —exclamó Punta Negra con ironía.

—Pues sí, gracias a ti los niños pueden imaginar lo que quieran y pintarlo sobre un papel blanco para que otros lo vean y se emocionen, o se entusiasmen, o se asusten. ¡Buuuh! —voceó como un fantasma Punta Blanca.

—Me importa un bledo. Yo quiero ser como tú que no haces nada todo el día, que no te afilan, que no te rompen la punta, (¡Ay, qué dolor cuando te rompen la punta!), y que te dejan olvidada en una esquina de la habitación. A ver, ¿tu has visto alguna vez un papel de color negro donde dibujen con lápiz de color blanco? No, ¿verdad? La oscuridad no gusta a NADIE —dijo Punta Negra rotunda.

—Eso no es cierto. Yo pongo la luz, pero tú eres igual de necesario que yo. Somos parte de un gran y hermoso rompecabezas que nos ha tocado vivir —declamó Punta Blanca en tono cursi.

—Oh sí, sí, qué bonitas palabras, pero yo, ... yo en breve seré un NO-YO.

—Y dale con el no-yo... Mira te propongo una cosa. Conozco un sitio donde siempre hay oscuridad, donde nunca llega la luz, donde no haces falta en absoluto y donde a mí me gustaría viajar para pintarlo todo de blanco.

—Y yo me creo que existe un sitio como ése.

—Pues sí. Mira por la ventana —señalo Punta Blanca.

Punta Blanca y Punta Negra miraron hacia la ventana y aunque era de día, sobre el cielo azul, se podía ver la silueta inconfundible de la luna. Punta Negra miró incrédula a Punta Blanca.

—A ver, ¿qué tiene que ver la luna con todo esto?

—La luna tiene una parte donde nunca llega la luz del sol. Es lo que se conoce como la cara oculta de la luuuuna. ¡Buuuh! —voceó de nuevo Punta Blanca con voz fantasmal.

—¿Quieres dejar de repetir ese chiste malo y contarme cómo vamos a viajar tan lejos.

—Muy fácil. Salgamos de aquí ¡in-me-dia-ta-mente! ¡AAAlee hop! —brincó Punta Blanca llevándose a su otra mitad consigo.

—¡Eeeeh! —exclamó Punta Negra asustada.

Punta Blanca y Punta Negra se lanzaron por la ventana y cayeron sobre un taxi que les dejó en un aeropuerto donde subieron a un avión que les llevó a Florida y de allí en otro taxi a un aeropuerto de cohetes lunares adonde llegaron justo a tiempo para meterse en la maleta de un astronauta que en ese momento iba de viaje a la Luna. El cohete salió disparado como una flecha dejando tras de sí un ruido ensordecedor y una gran lengua de fuego con la que se podrían haber hecho miles de barbacoas.

Tras día y medio de viaje el cohete, ya convertido en nave espacial, se posó sobre la Luna. Un astronauta se asomó por la escotilla de la nave y saltó al suelo cayendo lento como una hoja. Respiró profundamente y se dispuso a dar su primer paso a la vez que decía:

—Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidaaaa...

¡CLONG!, sonó en la silenciosa Luna. Mac Porrison el astronauta, se había caído de boca al suelo.

—¡Aaaaauu!... un gran paso para la humanidad, leches!

Mac Porrison dio media vuelta para ponerse de pie. En ese momento, el lápiz de Punta Blanca y de Punta Negra salió de uno de sus bolsillos y empezó a flotar y a moverse en dirección a la cara oculta de la Luna.

—¡Uaaah! —gritaron a la vez.

—¡Cómo mola flotar! Parece que estemos nadando —dijo Punta Blanca contenta.

—Yo me estoy mareando un poco —dijo Punta Negra.

Flota que te flota en el espacio lunar, el lápiz entró en la parte oscura de la Luna. Apenas se veían las montañas, las rocas, las piedras, los lagos vacíos de agua.

—¡Eh, campeón! Esto sí que me gusta. Es el Paraíso —dijo Punta Negra sonriendo.

—¡Oh sí! Precioso. Todo un sitio enorme dispuesto a que yo lo pinte de blanco.

—Pues con lo pequeño que eres en comparación con la luna, no tienes ni para empezar.

—Me da igual, es la oportunidad que estaba esperando, aquí podré demostrar de lo que soy capaz. Manos a la obra muchacho.

—Allá tú. ¡Uuuaaaah! —dijo Punta Negra mientras bostezaba y se dejaba llevar.

El lápiz empezó a correr de un lado a otro pintando de blanco todo lo que encontraba a su paso. Mientras, Punta Negra dormía como un lirón. Punta Blanca blanqueaba y blanqueaba: primero una gran montaña, después un largo camino y más tarde un grupo de piedras. Todo lo que pasaba bajo su rápida mina blanca adquiría un brillo especial. Parecía que la cara oculta de la Luna fuera a brillar como un diamante.

Al cabo de una hora el tamaño de Punta Blanca disminuyó tanto que apenas le quedaban dos dedos de largo. Punta Negra tras despertar de una larga siesta miró de reojo a su compañera y dijo:

—Como sigas así, Punta Blanca, vas a desaparecer del todo.

—No me importa, Punta Negra. Estoy feliz. Me siento útil por primera vez en mi vida y no hay cosa que más me alegre que dar un poco de luz a éste sitio tan oscuro y feo.

Punta Negra la miró enfurruñada y siguió durmiendo. Punta Blanca entusiasmada continuó pintando de blanco a la vez que cantaba alegres canciones.

Punta Negra despertó de una siesta de ¡6 HORAS! Con los ojos entreabiertos se extrañó de no escuchar la voz cantarina de Punta Blanca. Miró hacia abajo, a sus pies, y observó que su compañera había desaparecido. El lápiz de dos puntas, de dos colores: blanco y negro, se había convertido en un lápiz negro.

—¡Qué estúpida! Mira que se lo advertí —exclamó engreída Punta Negra.

Pasaron los días y el aburrimiento se apoderó de Punta Negra. Incluso lo que había blanqueado Punta Blanca se iba volviendo más y más oscuro hasta que finalmente el blanco desapareció. No había luz en ningún sitio. Punta Negra se cansó de no hacer nada, de no tener con quién hablar, de no tener qué mirar. Además, como siempre estaba oscuro no sabía si habían pasado 10 días o 10 semanas.

Un día escuchó el ruido de una máquina infernal que se acercaba a él desde el cielo, y por un momento, una gran lengua de fuego iluminó la cara oculta de la luna y casi lo quema. Era una nave espacial de donde salió un astronauta que extrañado se fijó en el lápiz tirado en el suelo. Lo cogió y se lo introdujo en su traje espacial diciéndose a sí mismo:

—Mac Porrison podía ser un poco más cuidadoso. Como empecemos que si tiro esto que si tiro lo otro, la Luna va a parecer un basurero.

Al regresar a Tierra, el astronauta regaló el lápiz a su hijo Mauro que inmediatamente se puso a dibujar naves espaciales. Punta Negra se alegró de ser útil de nuevo y a pesar de que su tamaño disminuía, disfrutaba enormemente del cosquilleo que sentía al emborronar el papel blanco.

Terminado el bonito dibujo de extrañas naves y feos marcianos, Mauro introdujo su lápiz lunar de color negro en un estuche metálico de Spiderman, mezclándolo con otros lápices de múltiples colores. Punta Negra miró a otro lápiz de punta blanca que se hallaba a su lado. Preguntó:

—Ho.. Ho... hola, ¿conoces por casualidad a...?

—Hola, Punta Negra. ¿Qué tal? ¿Cómo te fue por la luna?

—Pe..., pero ¿tú eres...?

—Sí, soy yo, Punta Blanca.

—¡Si te convertiste en un no-yo! ¡Habías desaparecido, esfumado, finiquitado!

—No, Punta Negra. Yo soy el color blanco y estoy en todos los sitios donde está ese color: en la nieve, en el pelo de una oveja, en la barba de Papá Noel. Al igual que tú estás en todos los sitios donde hay algo negro. Lo que pasa es que eres muy joven y tus hermanos aún no te han contado la historia de tu color.

—¡Yo no soy un color! Soy la oscuridad —exclamó seria Punta Negra—. Donde yo estoy, todo desaparece, nada se ve.

—Mira, Punta Negra, eres tan color como yo, tan necesaria como yo. Si no existieras tendríamos luz todo el día y las personas no podrían dormir, ni descansar, no tendrían con qué escribir o dibujar, se pondrían enfermos de ver tanta luz, quedarían ciegos. Y si todo fuera blanco, tampoco se vería nada. Tú y yo hacemos que el mundo sea diferente y haya dónde elegir. Gracias a nosotros existen el resto de colores. ¿Sabías que si mezclas una luz roja, con una luz azul y otra luz verde en un cuarto oscuro, aparezo yo? ¡Tachan! El Blanco. Blanco como la leche. ¿Y si pintas y mezclas sobre un papel blanco, los colores amarillo, cian y magenta, apareces tú? ¡Tachan! El color Negro. Negro como el carbón.

—¿De verdad? —exclamó Punta Negra asombrada.

—¿Sabías además que fuimos los que inventamos la fotografía? Porque las primeras fotos que se hicieron eran en Blanco Y Negro.

—Sí, y las primeras películas de cine también eran en Blanco y Negro. Eso lo tengo muy estudiado.

—Nosotros, y los diferentes grises que hacemos al unirnos. Si nos mezclamos y hay más color negro que blanco, conseguimos un gris oscuro. Si soy yo el que pongo más cantidad de color tendremos un gris más claro.

—Oye y ¿por qué no nos dedicamos a hacer un bonito dibujo sobre ese papel blanco que han dejado en la mesa?

—Estupendo —dijo Punta Blanca.

Los dos lápices se colocaron de un salto sobre la hoja y dibujaron y dibujaron; pintando ahora uno, pintando ahora otro; dibujando el uno sobre el otro o el otro sobre el uno; logrando una asombrosa cantidad de grises, blancos y negros, que dio como resultado este divertido retrato de nuestro amigo Mauro.



JB- 2008